

### XXXIII

Andrew recibió el alta médica el viernes por la mañana. Tenía el tiempo justo para hacer las maletas porque el avión despegaba por la tarde. Suzanne le había suplicado a su abuela que les dejase utilizar el *jet* privado de la familia pero, ante la negativa de esta, había optado por comprar ocho billetes en primera clase y cargarlos a la cuenta de Sophie Waytt.

El vuelo salía de San Francisco y llegaría a Roma a primera hora del día siguiente. No había una conexión con Venecia hasta por la noche, así que tenían varias horas para visitar la capital de Italia.

Llegaron al aeropuerto sin llamar demasiado la atención, excepto Suzanne, que había escondido su pelo bajo un pañuelo de lunares y sus ojos cansados tras las oscuras gafas.

—Igualita que Audrey en *Vacaciones en Roma* —dijo Angela.

—¡Esa era la idea! —exclamó—. ¿Creéis que nos habrá reconocido alguien?

—¡Nooo! ¡Cómo van a reconocerte si eres la reina del disfraz! —observó Julie con bastante ironía—. No pasarías desapercibida ni entre las fulanas de un burdel de gasolinera.

—¿Qué hacemos primero? —preguntó Amanda cargando su maleta en el portaequipajes.

—Ya lo hago yo —se ofreció Jason—. Es mejor que en tu estado no hagas esfuerzos.

—¿Hacemos el *check in* y damos una vuelta por las tiendas? —propuso Andrew aireando los billetes.

—Yo tengo un poco de hambre —comentó Cynthia—. Apenas nos ha dado tiempo a comer.

—Vamos muy justos de tiempo —Jason consultó su reloj—. ¿Qué os parece si facturamos primero y después vamos a comer algo? Por aquí hay un montón de restaurantes.

—Jason —susurró su novia señalando con la cabeza a Julie—. Nada de bares.

—No disimules Angela, te he oído.

—Lo siento, Julie. Quería evitar que tuvieras la tentación de beber.

—Gracias por preocuparte, pero no es necesario. ¡Y dejad de comportaros como si fuese una alcohólica!

—Querida, a ninguno se nos ha escapado que tienes una fulgurante afición por la bebida —señaló su prima pequeña.

—¡Me gusta tomar una copa de vez en cuando! ¿Qué problema hay? Mi trabajo es muy estresante y los problemas que estamos teniendo no ayudan.

—¡Por favor! —exclamó Arianne—. Es el primer día de mis vacaciones, así que vamos a evitar las peleas.

—Por mí de acuerdo —asintió Angela caminando a su lado con un neceser de *Vuitton* en la mano.

—Angie, cariño. ¿Qué llevas aquí dentro? —Jason empujaba un carrito con el ostentoso juego de maletas de su novia mientras arrastraba su maleta de ruedas por toda la terminal.

—Cuatro tonterías... diez o veinte vestidos para el día y la noche, quince pares de zapatos y todo mi arsenal de cremas de *La Mer*.

—Lo imaginaba. No sé ni para qué pregunto.

—Esperadme aquí, voy a echar una ojeada en la boutique de *Cerruti* —señaló Suzanne.

—¡Ni se te ocurra! —le prohibió Andrew sujetándola por el brazo—. Es muy tarde. Primero vamos a los mostradores de facturación. Después, lo que quieras.

—Pero si aún falta hora y media para que despegue el avión...

—No podemos arriesgarnos a que alguien te reconozca curioseando por las tiendas y mañana la noticia de que te vas de vacaciones salga en todas las revistas. Si nadie sabe que nos marchamos, ningún fotógrafo podrá encontrarnos en el Mediterráneo.

—¿Y qué haremos? Somos un grupo bastante grande —calculó Arianne desorientada.

—Nos encerraremos en la sala VIP hasta que nos llamen para embarcar —contestó su novio mirando las pantallas de información.

—Mostradores 520, 521 y 522 —leyó Jason en voz alta.

—¡Pues andando! —replicó Andrew.

Ya a bordo, Angela fantaseaba asomada a su ventanilla.

—Jason, *cari*, ya me veo paseando en góndola por los canales de la laguna.

—No me gustan demasiado esos barcos. ¿Sabes que también hay *vaporettos*?

—Sé todo lo que hay que saber sobre Venecia. Estudié Bellas Artes.

—Perdone, *signorina*.

—Me pregunto cómo Suzie ha podido organizarlo todo en un día.

—Esa familia tiene contactos hasta en el infierno.  
¿Has visto dónde vamos a alojarnos?

—El Hotel Luna Baglioni es el mejor hotel de Venecia —abrió su plano y señaló la ubicación—. Está situado en el Gran Canal junto a la Plaza de San Marcos. Te va a encantar, mi padre lo conoce y me ha dicho que tiene unas suites tan lujosas como las de aquella película en la que Rex Harrison finge su propia muerte y reúne a sus exmujeres en un palacio de Venecia.

—Ya puede serlo. ¡Nos ha costado una fortuna!

—¡Jason, no seas tacaño! No se me ocurre mejor forma de empezar a gastar el dinero de tu difunta abuela.

—Preferiría guardarlo para abrir mi clínica de cirugía estética.

—¿Cómo va la búsqueda?

—Mi agente inmobiliario ha encontrado un pequeño edificio en el centro que es perfecto para el negocio. Iré a verlo cuando regresemos a Los Ángeles. Dime una cosa, ¿por qué la caridad de la señora Waytt no nos incluye a nosotros?

—Está claro. Yo puedo permitírmelo y sería un insulto para mi familia que ella pagase mis vacaciones.

—¿Y yo?

—A ti no te soporta, asúmelo. Para Sophie Waytt siempre serás el nieto bastardo de su hermana Agatha.

—La odio —chasqueó la lengua—. Háblame de Venecia, ¿qué se puede ver allí?

—Es la ciudad de mis sueños. Estoy encantada de poder visitarla. En primer lugar está la Basílica de San Marcos, construida en estilo gótico y bizantino con un campanario de casi cien metros. Después están el Gran Canal y todos esos palacios decorando sus orillas. ¡Es precioso! ¡Y el Puente de Rialto con sus tiendas!

—Parece que ya hayas estado allí.

—Pues te aseguro que no, pero tengo muchas ganas de conocerla. ¿Sabes que Venecia está formada por 118 pequeñas islas unidas entre sí por 445 puentes?

—¿Y me vas a empujar a cruzarlos todos, verdad?

—Puedes apostar a que sí. Además, hay que visitar el Palacio Ducal, la isla de Murano, la prisión, el Puente de los Suspiros... —suspiró.

—¿Desean una copa de *champagne*? —preguntó la azafata.

—Sí, por favor —Julie se quitó sus gafas graduadas y cerró la guía turística.

—¿Vas a empezar a las seis de la tarde? —Suzanne abrió una revista.

—¡No seas pesada! Alguna ventaja debe de tener viajar en primera clase.

—Sí, la principal ventaja es que los pasajeros que se emborrachan en la clase turista no pueden molestarnos aquí. Así que como te emborraches, abro la cortina y te mando detrás con ellos.

—Por favor, no empecéis otra vez... —protestó Amanda.

Julie le dedicó una mueca.

—¿Y tú, por qué no nos dejas en paz?

—Me aburren vuestras discusiones.

—Pues si te aburres, vete a la cabina y tírate al piloto —le contestó Julie—. ¡Oh, igual lo has hecho ya mientras sobrevolábamos Colorado!

—Julie, ¿por qué no te tomas otra copa, a ver si duermes la borrachera y dejas de molestarnos a todos?

—¿Cuántas horas nos quedan? —preguntó Arianne enfadada—. Como no se callen pronto las tiro del avión. ¡Sin paracaídas!

—Toma —Andrew abrió un estuche y sacó dos diminutas piezas de espuma.

—¿Qué son?

—¡Tapones para los oídos!

—No pienso aguantarlas toda la semana en ese plan.

—Tranquila. Jason, Angela, tú y yo iremos por nuestro lado y ellas que vayan por el suyo.

—Así será más romántico. Las dos parejitas juntas.

—¿Ya nos ves como una pareja?

—Llevamos saliendo un par de semanas.

—¿Y no te parece muy pronto?

—Angela me ha contado que Jason y ella empezaron a salir el mismo día que nosotros.

—La misma noche, para ser exactos.

—Y mira lo felices que están.

Andrew bajó la voz.

—Angela vuelve a Nueva York en tres semanas y aún no se lo ha dicho a Jason.

—¿Cómo crees que se lo tomará?

—No lo sé. Él piensa mudarse a Los Ángeles poco después.

—¿Lo de su clínica va en serio?

—Trabajaba en un Hospital de San Francisco, pero quiere establecerse por su cuenta. El dinero de la herencia de su abuela es para eso. Me ha dicho que tiene un edificio apalabrado.

—Al menos ya sé quién me va a inyectar bótox.

—¡Ni se te ocurra! Mira cómo está Suzie, apenas puede parpadear.

—Es que al cirujano de tu prima se le fue la mano con la dosis.

—¡Tú estás perfecta! No necesitas hacerte nada.

— ¿Te he pedido ya que seas mi novio?

— Sí, y yo te he contestado que deberíamos ir más despacio. ¿Eso lo he dicho yo? No me reconozco — trató de incorporarse y sintió un fuerte dolor en el pecho.

— ¿Te encuentras bien?

— Son los dichosos puntos. Les pedí que los hicieran muy pequeños para evitar que me quedasen cicatrices y ahora me molestan cada vez que me muevo. Pero pronto estaré bien.

— No pienso dejar que te bajes de la góndola. Y en cuanto lleguemos, te haré un masaje para compensarte por tantas horas de vuelo.

— Para mí no es ningún sacrificio irme a la ciudad más romántica del mundo con mi chica.

— Hablando de sacrificios, no tenías por qué haber pagado mi viaje.

— Ya sabes que la del talonario es mi abuela. A mí me han cerrado el grifo hasta que empiece a trabajar en WBTV.

— ¿Vas a convertirte en un reportero de guerra?

— En realidad, me conformo con no provocar una en la redacción cuando sepan que la última incorporación de la plantilla es el nieto de la presidenta del consejo.

— Pero tú estudiaste periodismo, ¿no?

— Sí, en Oxford, y me pasé los cinco cursos borracho. No sabría diferenciar un titular de un pie de foto. ¿Sabes que intenté entrar en *Reuters* cuando terminé mis estudios?

— ¿Y qué pasó?

— Me hicieron una prueba de actualidad y no fui capaz de acertar ni una de las preguntas. Ahora tendré que ponerme al día leyendo diez o quince periódicos cada mañana.

— Yo confío en ti, estoy segura de que lo conseguirás.

Angela se asomó entre los asientos para cotillear un poco.

—¡No sé vosotros, pero yo me he quedado muerta con el numerito de tus primas hace cinco minutos!

—¿Quieres hablar más bajo? —susurró Andrew—. Si te escuchan, te meterán en otra de sus peleas.

—¡Pero si se llevan peor que las *Destiny*'s!

—Acabo de decirle a Arianne que en Venecia nos desharemos de ellas.

—Me parece muy bien, Andy. Pero a ver quién se lo dice porque son capaces de arrojarnos al Gran Canal.

Arianne se tapó la boca para evitar que oyesen su carcajada.

—¡No te rías! Ya las has visto —Angela se colocó el dedo índice en la sien—. ¡Están locas!

—De remate. Pero son las primas de Andy, así que debo respetarlas.

—Por mí no lo hagas, si te aburres de ellas, díselo claramente. A mí cuando no me interesa su conversación, las mando a paseo y me evito dolores de cabeza.

—Se pasan todo el día compitiendo y nunca se rinden —Angela les ofreció un chicle—. Es que con la presión, me estallan los oídos —explicó—. Arianne, tenías que haberlas visto en la fiesta de cumpleaños de la difunta abuela de Jason. Se peleaban por los vestidos, por las joyas... ¡Y por los hombres! Pensé que iban a sacarse los ojos.

—Bueno, ¿cuál es el plan cuando aterricemos en Roma? —preguntó Andrew.

—Tenemos casi seis horas para visitar la ciudad. He calculado que nos da tiempo a ver bien el centro, pero es mejor no visitar el Vaticano porque hay que alejarse demasiado.



—¿Y Jason? —Arianne se levantó y miró por encima de su asiento.

—Dormido como un tronco. A vosotros os lo puedo contar: se ha tomado un somnífero disuelto en una copa de *champagne*.

—¿Por qué? —Andrew imitó a su novia y se volvió rápidamente—. ¡No despertará hasta dentro de diez horas!

—El somnífero era para cualquiera de tus primas, pero Jason tenía sed y bebió de la copa equivocada.

—¿A cuál de ellas querías drogar? —preguntó Arianne mirando a las chicas de reojo.

—Me daba igual, con que se durmiese una era suficiente para que las otras dos no discutieran.

—Pobre Amanda —Andrew miró a la chica con cierta lástima—. Me temo que va a disfrutar muy poco del viaje.

A escasos metros de ellos y separada por el ancho pasillo de primera clase, Amanda apoyó su cabeza en la ventanilla mientras pensaba en lo que dejaba atrás. El día anterior le había escrito un mensaje al padre de su bebé y este se había presentado en la casa de los Forrester aprovechando que las chicas estaban en el hospital con su primo. Su mente se perdió en aquella conversación...

—¡Eres la última persona de quien esperaba tener noticias hoy! —exclamó él a modo de saludo cuando Amanda le abrió la puerta—. ¿Estás sola?

—Sí. Suzie y sus primas se han ido al hospital, así que puedes pasar. ¿Te ha visto alguien?

—Nadie, he sido muy discreto. ¿Alguna novedad? Todavía no he ido a ver a Andrew.

—Está mejor. Es muy posible que le den el alta esta noche o mañana —condujo a su invitado al salón y le ofreció una cerveza.

—Me ha sorprendido mucho tu mensaje —el chico se sentó en el sofá y estiró las piernas—. Nos vemos a menudo, no sé a qué viene de repente tanto misterio.

—Lo que pasó entre nosotros...

—Ya sé que dejó huella. ¿Qué me dices, te gustaría repetir? —preguntó acariciándose la entrepierna.

—¡No seas gilipollas!

—No te entiendo, Amanda. Creí que lo pasábamos bien. ¿Para qué me has hecho venir si no?

—Estoy embarazada y tú eres el padre —confesó sin rodeos.

—¿Qué? —el chico escupió la cerveza y se limpió la barbilla con la mano—. ¿Estás hablando en serio?

—Completamente. Hace solo dos días que lo sé, pero ayer me hicieron unas pruebas en el hospital y han confirmado lo que me temía.

—¿Y les has contado que yo...?

—¿Tú estás loco? Se desataría la tercera Guerra Mundial.

—No sé qué decir. Me has dejado sin palabras. ¿Vas a tenerlo?

—No lo he decidido todavía.

—¿Hay alguna posibilidad...?

—Mañana nos vamos de viaje.

—Sí, ya sé lo de Venecia.

—Al principio no sabía si debía volar o no, porque estoy de cinco semanas.

—Así que, encima de meter a Suzie en un lío, te vas de vacaciones con su dinero... ¡Te lo has montado bien!

—¿Por qué os ha dado a todos con lo mismo? ¡Esto también es cosa tuya! Y para que te enteres, yo no he metido a Suzie en ningún lío. Que me haya quedado embarazada mientras paso unos días en su casa de verano, no la convierte a ella en madre soltera.

—¿Es una indirecta?

—No, lo he dicho sin pensar. Tranquilo, no voy a pedirte que te cases conmigo.

—¿Cambiaría algo si te lo pidiera yo?

—Estoy muy confundida, ahora no puedo pensar en nada. Quería contártelo antes de que te enterases por Suzie o por las chicas. Ya sabes cómo es este pueblo.

—Amanda... —el chico se levantó y la rodeó con sus brazos—. ¿Sabes que todavía pienso en ti?

—Pero si sales con...

—*Shhhh* —acarició la cara de Amanda con sus manos—. Vamos a hacer las cosas bien. Quiero que aprovechemos estos días para pensar en ese bebé. Y después ya afrontaremos lo que venga como sea.

—Soy el blanco de todos los comentarios. Ya no puedo más...

—No quiero verte preocupada, ¿vale? —levantó la barbilla de la chica y la miró fijamente—. Amanda, no estás sola. Este problema es de los dos y te prometo que saldremos adelante. Juntos o por separado, piénsalo.

—¿Puedo pedirte un último favor?

—Lo que quieras.

—No cuentes nada de esto todavía. No les he dicho a mis amigas quién es el padre y prefiero ocultárselo hasta que volvamos a Los Ángeles.

—Se me va a hacer muy raro verte a menudo y no poder hablar del tema. Pero si es lo que quieres...

—Te lo agradezco. Ahora será mejor que te vayas antes de que te echen en falta.

A más de cuarenta mil metros de altura, Amanda no dejaba de pensar en cómo contarle a las chicas quién era el verdadero padre del hijo que esperaba. Habría grandes sorpresas y estaba claro que al menos una de ellas dejaría de ser su amiga para siempre.

## XXXIV

—Arianne, ¿me cambiarías de asiento? —pidió cortésmente Suzanne—. Necesito hablar un par de minutos con mi primo.

—¿Qué tripa se te ha roto? —protestó el chico cuando Arianne se sentó junto a Amanda y Suzanne ocupó su lugar—. No irás a montar otra escena como la de antes, ¿verdad?

—Lo siento.

—Es precisamente lo que te pedí que no hicieras. Julie está descontrolada por tu comportamiento.

—Eso no es justo. Sabes que yo no tengo la culpa de que beba tanto.

—¡Pero no haces nada por ayudarla!

—¿Acaso lo haces tú?

—Trato de mediar entre vosotras cada vez que hay una pelea. Y Cynthia también. Los dos estamos en una situación muy difícil. ¡Y tú te pasas todo el tiempo provocándola!

—Ya te dije que...

—¡Me da igual lo que dijiste! Tienes que ser más amable con ella. ¡Os habéis criado juntas! Sois como hermanas.

—De hecho, nos llevamos tan mal que lo parecemos.

—Hay que ponerle freno antes de que se enteren tío Jeremy o la abuela Sophie.

—Nosotros evitaremos que la descubran. Podemos encubrirla.

—¿En su trabajo también? Julie vuelve a WBTV en menos de dos semanas. Y te garantizo que yo no podré hacer mi trabajo y el suyo.

—¿De qué habláis? —preguntó Cynthia de pie en el pasillo.

—De tu prima la borracha.

Él resopló moviendo la cabeza a un lado y a otro.

—Suzie, no hables así, cualquiera que te oiga...

—¿Acaso no tengo razón? ¿O es que tú también vas a defenderla?

—Yo no la defiendo —objetó Andrew—. ¿Con quién está? —preguntó mirando hacia el asiento que Cynthia había dejado libre.

—Está dormida. Se ha bebido una botella de *champagne* ella solita —dijo esta.

—Julie lo está pasando muy mal. Nunca ha asumido que Charlie muriese de aquella manera.

—No la justifiques. Tú también has pasado por eso.

—Sí, Suzie, y estuve un mes sin salir de la cama, ¿recuerdas? No quiero, ni pienso dejar que Julie siga destruyéndose.

—¿Y cómo lo vas a hacer? —su prima no lo veía nada fácil.

—Tendremos que estar todos más pendientes de ella —señaló Cynthia.

—Las dos vivimos con Julie y sabes que no la dejamos ni un momento. Siempre estamos juntas.

—Pues es evidente que algo estáis haciendo mal, querida prima.

—¡Andy, no vayas por ahí! Mientras tú organizas *picnics* románticos en el bosque, yo me ocupo de la embarazada y de la borracha. Y además, te recuerdo que han intentado matarme dos veces.

—Tal vez deberías empezar por dejar de tomar esa porquería —Cynthia señaló el frasquito de pastillas que asomaba del bolso de su prima.

—Ahora no puedo dejarlas. Tengo demasiados problemas.

—A lo mejor esta situación te ha desbordado. Lo siento. He sido un egoísta.

—Sí, lo has sido, pero también has intentado protegernos todo el verano, eso no puedo reprochartelo.

—No discutáis más, por favor, vosotros no —Cynthia se agachó y les cogió las manos—. Sois los únicos apoyos que tengo ahora mismo, no me falléis también.

—Mírala —Andrew sonrió—. La prima pequeña cuidando de la mayor y poniendo orden entre nosotros. Está claro que ella es la más cuerda de los cuatro, Suzie.

—Arianne, no se lo digas a nadie. ¿Me lo prometes?

—Te doy mi palabra. ¿Pero en serio no tienes idea de quién es el padre de tu hijo?

—No debería contarte esto, pero desde que llegué a Morrow Bay...

—Has tenido algunas aventurillas, ¿no?

—Digamos que he conocido a muchos chicos.

—¿Se lo vas a decir a Bobby?

—Aún no. Necesito pensar en lo que quiero hacer.

—Estos días te vendrán muy bien para descansar y aclarar tus ideas.

—Sí, pero Suzie es mi amiga y le estoy causando demasiados problemas.

—Esto no es ningún problema. Eres tú quien va a ocuparse del niño si finalmente lo tienes.

—¿Crees que debería abortar?

—No lo sé, es una decisión muy personal. No puedo decirte lo que yo haría porque mi situación es diferente a la tuya. Yo me paso la vida viajando, dando conciertos, haciendo *castings*... No sé si podría renunciar a todo lo que he conseguido por un bebé.

—Yo no gano tanto dinero como para criarlo sola. A veces trabajo en una boutique de Rodeo Drive y gano lo suficiente para mantenerme y darme algunos caprichos, pero no puedo pagar una niñera a tiempo parcial.

—Suzie no trabaja, tal vez pueda ayudarte si vive en tu apartamento.

—No la imagino cantando con un paraguas volador y sacando de su gran bolso de marca un perchero, una planta y un espejo. Además, tiene que ponerse a estudiar de nuevo, su madre va a nombrarla directora de *Brighton Designs*, la firma que heredó Sophie de su hermana Agatha —explicó Amanda—. Y yo nunca dejaría a Suzie a cargo de un bebé. ¡Es capaz de olvidárselo en *Prada*!

—Sé que lo que voy a decir está mal. Está muy mal. Es la peor idea del mundo. De hecho, me odio por decirte esto pero, ¿has pensado en mentirle a Bobby y hacerle creer que el niño es suyo?

—Si te soy sincera, sí, lo he pensado. Las fechas encajan y estoy segura de que se lo tragaría. Pero no sé si quiero tener algo más serio con él. Un bebé nos uniría para siempre.

—Pero al menos te ayudaría a sacarlo adelante.

—Ya, y las chicas también. Esta mañana Cynthia bromeaba con la maternidad en grupo y me ha dicho: tu bebé no tendrá padre, Amanda, pero tendrá cuatro mamás que lo cuidarán y protegerán de la maldad que hay en el mundo.

—Eso es muy bonito.



—Demasiado, aunque me temo que la realidad será bien distinta.

—Señoras y señores pasajeros, les habla el comandante Lucarini. Hemos comenzado el descenso y en aproximadamente veinte minutos aterrizaremos en el Aeropuerto Internacional Leonardo Da Vinci de Roma. Son las once menos cuarto de la mañana, hora local, y la temperatura exterior es de veinticinco grados. Les rogamos que permanezcan con los cinturones abrochados, la bandeja recogida y los asientos en posición vertical. Muchas gracias por haber elegido nuestra compañía. La tripulación y yo mismo esperamos volver a verles pronto y les deseamos que disfruten de su estancia en Roma.

—¿Ya hemos llegado? —bostezó desperezándose Jason—. Creí que jamás pisaríamos tierra firme.

—Vamos, cariño —Angela le ayudó a levantarse cuando el avión se detuvo junto a la terminal.

—Jason, no te quejes. Si el vuelo duraba doce horas —Andrew calculó con los dedos—... ¡tú has estado durmiendo diez!

—Y estoy como nuevo, la verdad. Ha sido un sueño muy reconfortante.

Julie se estiró en el asiento.

—Yo también me he quedado dormida.

Amanda se puso de pie y miró a su amiga con expresión de burla.

—Sí, cielo, pero lo tuyo ha sido por la botella y media de *champagne* que te has bebido.

—Es que me dan pánico los aviones. Si me tomo un par de copitas se me pasa.

—¿Un par? —escupió Suzanne en la oreja de su primo—. ¡Si parecía una camella!

—Basta, Suzie —dijo él cogiendo su equipaje de mano de la cabina del avión.

—Está bien —cedió la chica—. No alcanzo. ¿Te importaría bajarme el neceser de *Vuitton*? Ese no, que tiene grabadas las iniciales de Angela.

—Creo que se me han dormido las piernas. ¿Por qué no hemos venido en barco? —protestó Cynthia—. Un crucero habría sido mejor.

Suzanne cogió su bolso, se colocó el pañuelo, las gafas de sol y caminó contoneándose hacia la salida del avión.

—Y más caro. Si tanto te gustaban los cruceros, haberte comprado los DVD de *Vacaciones en el Mar*.

—¿A qué hora sale nuestro vuelo a Venecia? —les preguntó Amanda.

—A las seis de la tarde —contestó Arianne—. ¿Te ayudo?

—No gracias, puedo yo sola —agarró su bolsa de mano y echó un último vistazo—. No me dejo nada.

Al bajarse de los taxis que les habían llevado a la Plaza de Venecia, en el centro de Roma, los ocho amigos se encontraron frente al Monumento a Víctor Manuel II. Entraron en el Foro para visitar las ruinas y lo atravesaron hacia el este para desembocar en el Arco de Constantino, a los pies del Coliseo.

—¡Es impresionante! —exclamó Julie cubriéndose con una mano los ojos para que no le deslumbrara la luz del sol.

El majestuoso Anfiteatro Flavio, bautizado así en honor a la Dinastía Flavia, databa de finales del siglo I. Fue levantado sobre el espacio que ocupó inicialmente la laguna artificial que Nerón mando excavar para decorar los jardines de su palacio en el centro de la Roma Imperial.

El llamado popularmente Coliseo por *El Coloso de Nerón*, la descomunal estatua de bronce que había junto al anfiteatro, fue durante quinientos años escenario de batallas, caza de animales salvajes, peleas de gladiadores y representaciones teatrales. Pero, a pesar de su estado deteriorado tras varios expolios y terremotos, se le consideraba un icono de la ciudad de Roma y de la antigüedad clásica, y la magnífica obra era visitada por cinco millones de personas al año.

Arianne abrazó a Andrew.

—¿Cuánta gente habrá perdido la vida ahí dentro?

—Unas quinientas mil personas —calculó Angela—, por no hablar de los animales. Más de un millón de ejemplares murieron en los espectáculos que se llevaban a cabo dentro.

—¡Qué barbaridad! —Jason se acercó a su novia sin dejar de mirarla—. Es cierto que lo sabes todo. Debes de ser un lince jugando al *Jeopardy*.

—¿Qué más pruebas necesitas? Vamos a ver si recuerdo bien: tenía capacidad para cincuenta mil personas y bajo la arena había todo un laberinto de pasadizos y jaulas donde se guardaban las fieras y los esclavos que se sacrificaban. Después, durante la Edad Media, se utilizó como fábrica y fortaleza. Y más tarde como templo de los cristianos.

—¡Fenomenal! —exclamó Suzanne—. Contigo aquí nos ahorraremos la visita y tener que pagar a un guía.

—Angie, si destapas todo tu talento el primer día, no te las quitarás de encima en todo el viaje. ¿Es eso lo que quieres? —le recordó Andrew tapándose la boca con los dedos índice y corazón.

—¡Me callo, me callo! —dijo la chica apurada.

—Vamos a hacernos una foto —Cynthia se colocó delante del Coliseo y el resto de chicos se apiñó a su alrededor recreando una divertida pose.

—Un momento —observó Julie—. ¿Quién nos hace la foto?

—¡Es verdad! —Angela se separó del grupo y le pidió a un turista que les sacara una fotografía.

—¡A ese no! —gritó Suzanne—. A uno que no tenga pinta de salir corriendo con la cámara. ¡Nos la va a robar!

—¡Suzie, por favor! —Julie quiso que se la tragase la tierra—. ¿Es que siempre tienes que dar la nota? Los que vamos a salir corriendo somos nosotros como te haya entendido.

—¡Es oriental! No nos entiende.

—Claro, como nadie habla inglés fuera de los Estados Unidos —bromeó Jason—. ... Lo de tu prima es muy fuerte, Andy.

—Lo de tu novia es peor. ¡Le está explicando a un japonés como hacer una foto!

—Bueno, ¿qué visitamos ahora? —preguntó Angela cuando recuperó su cámara.

—Yo quiero lanzar una moneda en la Fontana di Trevi —propuso Arianne.

—¡Y yo desfilar por la escalinata de la Plaza de España! —chilló Angela.

Jason señaló las dos localizaciones en el mapa.

—¡Pues no se hable más! Según el plano están en la misma dirección. ¿Quién se encarga ahora de pedir los taxis?

La Fontana di Trevi, con unas dimensiones de cuarenta por veinte metros y otros veintiséis de altura, era la más grande que se había construido en Roma. Antiguamente, el fin de cada acueducto que suministraba

agua a la ciudad se marcaba con una hermosa fuente. Siguiendo un diseño de Nicola Salvi, la Fontana di Trevi había tardado treinta años en ser construida y señalaba el final del acueducto Aqua Virgo, que se nutría de un manantial de agua pura a veintidós kilómetros de la ciudad.

Después de hacerse varias fotos y lanzar a la fuente tres monedas sobre su hombro izquierdo, caminaron casi un kilómetro por unas calles estrechas y abarrotadas de gente, hasta que diez minutos más tarde se encontraron delante de los 145 peldaños de la gran escalinata que unía la iglesia de Trinità de Monti, en lo alto, con la embajada española, de donde recibía su nombre la Plaza de España.

Angela comenzó a bajar las escaleras imitando a las modelos de los grandes desfiles de moda televisados.

—¡Espectacular! —gritó Jason al verla.

—¡Espera, nosotras también queremos desfilas!

Las tres subieron corriendo y posaron para Andrew y Jason como si fueran verdaderas profesionales.

—¡Menuda panda de mamarrachas! —exclamó Amanda entre carcajadas—. ¡Las está mirando todo el mundo!

Las chicas repetían una y otra vez sus llamativas poses en las terrazas ajardinadas para ser retratadas incluso por los cientos de turistas que subían y bajaban las escaleras.

—Me siento como Natalie Kritz en el desfile de *Roberto Cavalli* —Julie bajaba los peldaños mirando al frente con los brazos en la cintura—. ¿Podría haber algo mejor que desfilas aquí?

—Que tropezaras con esos tacones y cayeses rodando por las escaleras.

Angela y Cynthia se detuvieron en seco y miraron a Suzanne.

—¡Ups! ¿Lo he dicho en voz alta? —preguntó al darse cuenta del disparate que acababa de soltar.

—¿Habéis terminado ya el numerito? —Andrew miraba la última instantánea que había tomado—. Se nos hace tarde y deberíamos regresar al aeropuerto. Falta una hora y media para que salga nuestro avión.

—Tenemos que volver a Roma en otra ocasión —le dijo Arianne mirando con atención el mapa que sostenía Jason—. Me he quedado con ganas de visitar la Capilla Sixtina, el Panteón, las Catacumbas y...

—Volveremos, te lo prometo —Andrew la tomó en sus brazos y la dejó caer hacia atrás para darle un beso de película.

—¡Esperad! —ordenó Jason enfocando su cámara—. No os mováis, quiero immortalizar este beso. Es una foto preciosa.

El vuelo a Venecia duraba poco más de una hora, así que, pasadas las siete de la tarde, el avión de la compañía *Alitalia* aterrizó en el Aeropuerto Marco Polo. Los chicos recogieron sus maletas de la cinta transportadora y salieron a buscar dos taxis que pudieran llevarles a la isla.

Venecia estaba conectada con la localidad de Mestre, en tierra firme, por el Puente de la Libertad, que transcurría a lo largo de casi cuatro kilómetros junto al viejo puente del ferrocarril. Aunque era el único acceso para vehículos, estos no podían circular por la laguna, de modo que los taxis dejaron a los turistas en Plaza Roma, al inicio del Gran Canal.

—¿Y ahora qué hacemos? —Suzanne, agotada, se sentó sobre una de sus pesadas maletas—. Llevamos casi

dos días de viaje y estas sandalias me están destrozando los pies.

—Me he fijado en ellas cuando estábamos en la Plaza de España —reconoció Angela—. ¿Todas esas piedras son cristales de *Swarovski*?

Suzanne sujetó las cintas rojas de sus sandalias alrededor de su pierna.

—Sí. ¿Son increíbles, verdad?

—Pues lo siento mucho, *Dorothy*, pero esto no es Kansas —Andrew señaló el muelle—. Así que recoge tus maletas y a *Totó* y vamos a buscar un *vaporetto*.

—¿Necesitan un medio de transporte? —un viejo con un impermeable y en un inglés perfecto, se ofreció a llevarles en su embarcación.

—¡Qué bien habla! —observó Amanda—. El problema es que somos ocho personas.

—Eso no es un problema —gruñó el propietario del *vaporetto*. Se acercó a un compañero y le explicó en un idioma ininteligible que debía llevar a los otros cuatro a donde le indicasen—. ¿A dónde van?

—Al Hotel Luna Baglioni. Está muy cerca de la Plaza San Marcos —indicó Jason.

—Sí, ya sé dónde está. Al final del Canal. ¿Suben a bordo o qué?

Hacia frío, algo lógico, después de todo se encontraban en la ciudad más húmeda del Adriático. Los dos taxis flotantes salieron a gran velocidad del muelle y atravesaron el primero de los cuatro puentes que cruzaban el principal canal de Venecia en aquella época.

A ambas orillas se divisaban los fastuosos palacios clásicos, cuyas fachadas emergían de las aguas. Pasaron por debajo del Puente de Rialto y escucharon el bullicio de la gente que estaba cerrando ya los puestos sobre él.

La luz de la luna se reflejaba en el agua dando la sensación de que surcaban ríos de plata.

Empezaba a caer la noche cuando llegaron a la ensenada de San Marcos, donde desembocaba el Gran Canal. El taxista se detuvo en un concurrido muelle.

—Su hotel está ahí mismo, no puedo acercarme más porque mi embarcación no pasa por debajo de ese puente, pero solo tienen que bordear el edificio y al otro lado encontrarán la entrada.

—Gracias por todo —Suzanne le extendió un par de billetes—. Puede quedarse con el cambio.

—Es usted muy amable, *signorina*.

Los ojos del viejo escrutaron la anatomía de la chica y, durante una fracción de segundo, sus miradas se cruzaron. Suzanne se fijó en la dureza de sus facciones, cubiertas en parte por una alborotada barba blanquecina y, de pronto, se sintió intimidada por los ojos verdes que la observaban. Cogió sus maletas y saltó de la barca. ¿Dónde había visto antes unos ojos como aquellos?



## XXXV

Andrew y Suzanne cruzaron las puertas de cristal y avanzaron por la alfombra roja del *hall* hasta llegar al mostrador de recepción.

—Buenas noches. Mi nombre es Suzanne Forrester, de Los Ángeles. He hecho una reserva para ocho personas.

—Permítanme sus pasaportes o documentos de identidad, por favor —respondió el empleado—. Voy a comprobar sus datos en el ordenador —tecleó nombre y número de pasaporte—. Aquí está: Suzanne Forrester, cuatro suites dobles.

—Así es. Nos gustaría disponer de ellas cuanto antes. Llevamos casi veinticuatro horas de viaje.

—Ahora mismo les entrego las tarjetas. Mientras las codifico, si no les importa, ¿serían tan amables de firmar en nuestro libro de registros? Es una costumbre del hotel.

—De acuerdo. Vamos a ir por orden —Andrew tomó el control de la situación—. Cuando terminéis de firmar, yo os entrego las tarjetas. Primero Angela y Jason, habitación 1201; después Julie y Cynthia, habitación 1202; Suzie y Amanda, habitación 1203; y en último lugar, Arianne y yo, habitación 1204.

El recepcionista hizo una señal a un joven botones que aguardaba de pie junto al ascensor y se acercó con un portaequipajes para subir las maletas de los chicos a las habitaciones de la segunda planta.

Jason, recién levantado y aún medio dormido, se dejaba arrastrar por Angela entre la gente.

—¿Era necesario madrugar tanto? Todavía no me he recuperado del viaje. ¿Dónde me llevas?

—Quiero visitar la Basílica de San Marcos. ¿Sabes las colas que se forman para subir al campanario?

—Podemos ir en cualquier momento.

—Jason, estamos en Venecia, deja de quejarte por todo. Si hemos madrugado es para poder ver la ciudad antes que el resto y no tener que hacer colas de tres horas. ¡No te imaginas lo que tuve que esperar la primera vez que quise subir al Empire State!

La Plaza de San Marcos era un hervidero. Los turistas se agolpaban a las puertas de la Basílica y se fotografiaban con la Torre del Reloj. Algunos jugaban con las palomas y los más rezagados disfrutaban de un *capuccino* en las mesas de las cafeterías.

El edificio principal de la plaza era sin duda la Basílica de San Marcos, un emblemático templo coronado por cinco cúpulas que aunaba los estilos romano, gótico, renacentista, islámico y bizantino.

—Este lugar recoge toda la historia de Venecia —le dijo Angela contemplando las cinco arcadas de la fachada principal—. Mira los bajorrelieves, Jason.

Señaló el de la izquierda y fue enumerándolos uno a uno:

—*Hércules y el jabalí, la Virgen, San Jorge, San Demetrio, el Arcángel Gabriel y Hércules y la Cierva.*

—¿Esos son los caballos que robó Napoleón?

—Vaya, alguien ha hecho sus deberes...

—Antes de que me drogases en el avión estuve leyendo la guía de viajes.

—Los caballos de bronce que están colocados en la fachada no son más que simples réplicas. Los originales los tienen expuestos en el museo, dentro de la Basílica. Originalmente eran dorados y son obra de Lisipo.

—¿Quién?

—Un escultor de la Grecia clásica del siglo IV antes de Cristo.

—No me suena.

—Es de la época de Alejandro Magno. ¿A que él sí te suena?

—¡Mucho más!

—Los caballos se trajeron de Constantinopla después de su conquista en la Cuarta Cruzada. En 1798 Napoleón se los llevó a París y los colocó en los jardines de las Tullerías y más tarde, en 1815, los austríacos los devolvieron de nuevo a Venecia.

—O sea que Napoleón robó lo que los venecianos habían robado a los bizantinos.

—Más o menos. ¡Mira las columnas de mármol del atrio! Se dice que pertenecieron al Templo de Salomón en Jerusalén.

—¿Es que nada de lo que hay aquí es suyo? —se preguntó Jason entrando al interior de la Basílica.

Tras la visita, Angela le explicó la importancia que tuvo Venecia durante la Edad Media, siendo uno de los principales puntos de las rutas comerciales de Oriente. Había sido la ciudad más poderosa del Adriático, pero precisamente por su puerto entró la Peste Negra en el siglo XIV causando en Europa la muerte de veinticinco millones de habitantes.

—Y durante el Renacimiento, vivió un período de esplendor entre los siglos XV y XVIII como gran ciudad de las artes.

—¿Cómo puedes saber todo eso?

—Ya te dije que estudié Bellas Artes. Tiziano y Tintoretto son dos de los grandes pintores que ha dado Venecia. Y Vivaldi su mejor compositor.

—¿Vamos a subir al campanario? —Jason lo miró desde abajo—. Son diez pisos andando. Me da vértigo solo de pensarlo.

—¡Por supuesto! Ya te lo dije. Aquí donde lo ves se derrumbó en 1902.

—¡Qué dices!

—Se vino abajo completamente. Afortunadamente no hubo heridos. Lo reconstruyeron exactamente igual, en el mismo lugar y con el aspecto anterior.

—Ahora me da más miedo subir.

—Muy bien chicas, ¿estáis preparadas? —Suzanne se había puesto un vestido marinero muy acorde con los gondoleros de Venecia.

—¿A qué hora has quedado con el guía? —Cynthia revisaba su bolso para asegurarse de que no olvidaba llevar nada—. Cámara de fotos, documentación, *cash*... —reparó en voz alta—. ¿Maquillaje? ¿Qué hace esto aquí?

—Es mío —señaló su prima—. Me he dejado el bolso azul marino en Los Ángeles y con este vestido no me pega ninguno así que he metido mis cosas en el tuyo.

—*Buongiorno. Io sono Marco, il guida di vostre vacanze* —un apuesto joven de pelo rubio y arremolinado les esperaba en la puerta del hotel—. *¿Non parli italiano?*

—Somos americanas —dijo Julie—. ¿Hablas inglés?

—Perfectamente, señorita —respondió el chico con una sonrisa—. Mi nombre es Marco.

—Yo soy Julie. Te presento a mis primas: Suzie y Cynthia. Y ella es nuestra amiga Amanda.

—Mucho gusto en conocerlas.

—¿De veras es nuestro guía? —preguntó Suzanne al nuevo recepcionista que había empezado su turno por la mañana.

—Sí. Usted le pidió anoche a mi compañero un guía que les acompañase toda la semana. Marco Segreti es uno de los mejores y conoce Venecia mejor que nadie.

—Muchas gracias —le respondió dejando un billete de cincuenta mil liras sobre el mostrador—. Esto es un pequeño detalle por habernos enviado al más guapo.

El joven les condujo hasta el muelle de San Marcos dando un paseo. Allí las chicas contemplaron las esculturales columnas de granito rojo que sostenían en su parte más alta dos figuras realizadas en bronce: *San Teodoro*, uno de los santos más venerados en la ciudad, y *el León de San Marcos*.

—A nuestra derecha se encuentra el Palacio Ducal, residencia del *Dux* de la República de San Marcos. Las fachadas orientadas a la laguna y a la *Piazzeta* fueron decoradas por artistas florentinos y lombardos, pero su ornamentación de estilo gótico florido pertenece a una familia de artistas venecianos. Su nombre era Bon.

—*James Bond* —repitió Suzanne.

—Me temo que no. Los Bon de Venecia trabajaban con mármol. Desgraciadamente un incendio destruyó el palacio en 1557.

—¿Y lo levantaron de nuevo? —preguntó Amanda.

—Efectivamente. El encargado del nuevo proyecto fue Antonio Da Ponte, constructor también del Puente de Rialto.

—Me encanta el color de la fachada —comentó Suzanne—. Tan rosa...

—Las losas de mármol son de ese color. Desde la laguna, cuando los barcos se están acercando al muelle, el Palacio Ducal resplandece al reflejarse en él la luz del sol. ¿Os apetece montar en barco? Mañana he organizado una excursión para conocer Venecia a través de sus canales.

—Yo por ti me monto donde haga falta —murmuró Suzanne.

—¡Te ha escuchado! —le reprendió Julie—. Y ahora se ha puesto colorado.

—Es que es guapísimo —dijo Cynthia.

—¡Yo le he visto primero! —Suzanne se encaró a su prima pequeña.

—Chicas, por favor. El pobrecillo está empezando a incomodarse —advirtió Amanda.

La pequeña de las Waytt intentó cambiar de tema.

—¿Eso de ahí es la prisión?

—Vaya, tenemos a una alumna aventajada en la clase de hoy —bromeó el chico guiñándole un ojo—. Sí, es la prisión y se comunica con el Palacio Ducal a través del...

—¡Puente de los suspiros! —exclamó emocionada.

—¡Qué romántico! —suspiró Suzanne.

—No lo creas, el puente se llama así porque los condenados que lo atravesaban veían Venecia por última vez a través de sus dos ventanas perforadas.

—¡Oh! —se desilusionó Julie—. ¡Qué trágico!

—Antes de visitar el Palacio Ducal, prestad atención al fondo de la plaza. Aquel reloj azul es una compleja maquinaria del año 1400 que nunca ha dejado de marcar la hora. Arriba hay una gran campana de bronce y justo debajo, el *León de San Marcos*, icono de Venecia. En la terraza inferior, sobre la esfera del reloj y

los signos del zodiaco, la *Virgen con el niño*. Cuando entremos dentro y visitemos la Sala del Senado, podréis ver que en sus paredes, junto a las pinturas de Palma el Joven, Vicentino, Vecellio y Tintoretto, hay un reloj idéntico.

Arianne había decidido tomarse las vacaciones con calma. Tenía que ensayar algunas arias para la prueba, así que no quería fatigarse con la visita a la ciudad. Ella y Andrew habían desayunado tranquilamente en la habitación del hotel y, con un pañuelo para proteger su garganta, salieron a pasear en góndola. Ya habría tiempo de recorrer Venecia y visitar sus museos durante los días posteriores a la audición.

—¿Estás nerviosa?

—Un poco. Nunca me había enfrentado a un *casting* de esta magnitud. Sí es cierto que en Broadway he hecho muchas pruebas para personajes principales, pero una ópera... es una gran responsabilidad.

—Mañana a las seis de la tarde habrás terminado. Y cuando salgas de la audición recorreremos juntos los 118 islotes.

—¿De veras no te importa que descanse hoy y mañana? El resto nos lleva ventaja, ya habrán visto casi toda la ciudad.

—Día y medio de ventaja no es nada. Cuando estén agotados de tanto caminar y subir y bajar puentes, ellos se tirarán en cualquier terraza a contar palomas y tú y yo disfrutaremos de nuestra escapada romántica.

—¿Estás más tranquilo?

—Llevamos prácticamente dos días fuera de casa y ya no me acuerdo de nada.

Arianne le acarició suavemente el pecho.

—¿Te duele?  
—No mucho.  
—¿Estás intentando hacerte el valiente conmigo?  
—¡Claro!  
—O sea que en el fondo te retuerces de dolor...  
—Lo único que me duele es que puedan quedarme cicatrices en mis preciosos abdominales.  
—Me encantan esos abdominales —confesó ella levantándole el polo de *Fred Perry*.  
—¡Arianne! ¿Qué va a pensar el gondolero?  
—Que le estoy metiendo mano a mi chico —le mordisqueó el cuello.  
—Si no tuviera una venda enrollada alrededor, se me saltarían los puntos.  
—Me parece muy sexy.  
—¿Ah, sí? Entonces después de comer tal vez juguemos a los médicos.  
—¿Tal vez?  
—¡Seguro! —exclamó él dándole un largo beso mientras pasaban bajo uno de los puentes.

Sobre la una del mediodía el guía se despidió de las chicas. Estaba encantado con ellas puesto que escuchaban sin pestañear todas sus explicaciones. Lo que el pobre no intuía es que su grupo de turistas no prestaba la menor atención a sus conocimientos de la arquitectura, pintura e historia venecianas, sino que se habían pasado toda la mañana repasando el azul de sus ojos, el triángulo perfecto que dibujaban los músculos de sus hombros, su torso bajo la camiseta ajustada y su redondeado trasero. El chico parecía otra de las estatuas mitológicas que Sansovino colocó sobre la balaustrada que decoraba la cornisa de la Biblioteca Marciana de Venecia.



—Marco —Suzanne se retiró despacio las gafas de sol y le miró fijamente—, tenemos hambre. ¿Conoces algún lugar donde preparen una buena pasta?

—Conozco muchos restaurantes.

—Estamos buscando algo más —humedeció con la lengua sus labios rojos—... costumbrista. No sé si me entiendes.

—¿Comida tradicional? —le preguntó un poco aturdido.

Julie se adelantó con su respuesta.

—Con que sea caro y céntrico se conformará.

—Y con que haya suficientes botellas de vino, ella también se conformará —contraatacó su prima.

—¡Delante de Marco no! —Cynthia se adelantó dejando a sus primas en un segundo plano—. Realmente buscamos algún restaurante pintoresco que no esté repleto de turistas. ¿Dónde come la gente de aquí?

—En sus casas —señaló Marco.

—¿Sabes cocinar? —Suzanne esbozó una pequeña sonrisa—. Te pagaré el doble si cocinas para nosotras.

La joven pareja se movía con dificultad entre la marea humana que asediaba a los vendedores de las tiendas sobre el Puente de Rialto. Era el más antiguo de los que había sobre el Gran Canal y en sus orígenes había sido de madera. No fue hasta su derrumbamiento en 1444 cuando, al reconstruirlo de nuevo, se edificaron pequeñas tiendas sobre él.

—Arianne, no puedes comprar todo lo que hay en los puestos.

—¡Es que me gusta todo!

—Has comprado regalos para tus hermanas, para tu madre, para tu abuela...

—Y todavía tengo que encontrar algo para mis hermanos y para mi padre.

—A mí se me han acabado las ideas.

Llevaban ya más de media hora sin moverse de allí.

—¿Y tú no le llevas nada a tu madre o a tu abuela?

—La verdad es que debería hacerlo.

—¡Claro que sí! Yo te ayudo. ¿Qué te parece ese collar?

—¿Es cristal de Murano?

—Cielo, todo aquí es cristal de Murano.

—Estoy viendo algo que me gusta más que ese collar.

—¿Qué es?

—Esas dos esculturas.

Andrew le había echado el ojo a dos grandes figuras de cristal soplado que representaban a una pareja de bailarines del Renacimiento.

—¿Qué te parecen?

—¡Son espectaculares! —admiró ella—. ¿Podrás llevarlas en la maleta?

—Ese es el siguiente paso. Tendré que comprar una maleta rígida que quepa en la cabina del avión para poder transportar las cuatro figuras con cuidado. ¿Sabes si hay un *Louis Vuitton* por aquí cerca?

Arianne miró a su novio con cara de incredulidad.

—Dos cosas. Primero: ¿Vas a regalarle las mismas tallas de cristal a tu madre y a tu abuela?

—Claro, será divertido ver la cara que ponen cuando se visiten y descubran que las dos tienen el mismo regalo. Se enfadarán muchísimo.

—Es tu familia, haz lo que quieras —respondió con resignación—. Y segundo: ¿No te sirve cualquier tienda de equipajes baratos que haya por aquí? ¿Tienes la

imperiosa necesidad de comprarte una maleta rígida de *Vuitton* para transportar unas figuras de cristal? ¡Y luego dices que la superficial es tu prima!

Una voz familiar resonó entre la multitud.

—¿Ya estáis discutiendo?

—¡Jason! —le saludó Arianne efusivamente—. ¡Qué alivio! Por fin una persona cuerda. ¿Dónde está Angela?

—Dos puestos más atrás. No contenta con recorrer todos los museos en un solo día, ahora también me lleva de compras.

—No te quejes, tienes una novia que no te la mereces —chocaron la palma de sus manos y Andrew le rodeo por el hombro—. ¿Estás disfrutando?

—La verdad es que sí. Hemos hecho más de doscientas fotografías. Y Angie lo conoce todo, es un lujo de guía.

—¡Chicos! —gritó ella con las manos llenas de bolsas—. ¿Qué tal vuestro primer día? No os hemos querido despertar esta mañana porque tú sigues malherido y Arianne necesita descansar para que su voz resuene mañana en el escenario de La Fenice.

—Has hecho bien. Andy y yo nos hemos levantado tarde y hemos paseado un poco. Pero sin agobios.

—¿Eso que están envolviendo con tanto cuidado es para ti? —preguntó su amiga.

—Son los regalos que he comprado para mi madre y para mi abuela.

—¡*Cari*, qué mal gusto!

—¡Angela!

—A ver, las figuras son preciosas, pero demasiado grandes.

—A mí me gusta que sean grandes, son más llamativas.

—Son más vulgares. ¿Qué te dije yo sobre la ostentuosidad?

—No me acuerdo.

—Tú y yo vamos a tener otra charla para explicarte que las cosas no son mejores por el hecho ser más grandes.

—Y lo peor es que ahora necesita comprar una maleta rígida que quepa en el avión para llevarlas de vuelta a casa sin que se rompan —explicó Arianne.

—Pues eso va a ser más complicado, *love*. ¿Has encontrado algún *Louis Vuitton*?

Arianne negó con la cabeza y sonrió en señal de impotencia. Agarró a Jason del brazo y salieron de allí.

—¿Ves a lo que me refería, Jason? Durante el tiempo que duren las compras, tú y yo vamos a hacer un intercambio de parejas.

—Deja que se las arreglen solos. Andrew y Angela son tal para cual.

Marco subió las escaleras tan rápido como pudo seguido de las cuatro chicas.

—No he tenido tiempo de hacer la compra, pero soy italiano, siempre tenemos la casa llena de comida. Seguro que puedo prepararos algo delicioso —abrió la puerta del ático y las invitó a pasar.

Las chicas fueron incapaces de articular palabra.

—¿Me estás diciendo en serio que vives aquí? —dijo Amanda mirando a su alrededor.

Era un palacio en miniatura. Techos ornamentados, paisajes y escenas bíblicas pintados sobre las paredes, cortinas de terciopelo, grandes alfombras sobre suelos de madera y un mobiliario renacentista exquisito.

—¡Es mi pequeño tesoro! —les mostró orgulloso—. Lo más bello son las vistas —abrió las contraventanas de madera del balcón y toda la estancia se vio iluminada por el sol. En el exterior, el Gran Canal se abría ante sus ojos.

—¿Cómo puedes vivir aquí? —se asombró Suzanne saliendo a respirar el olor de la laguna—. Eres un guía turístico. ¿Cuánto ganas? Un momento, yo sé lo que ganas. Te hemos contratado toda la semana.

—Pero solo por la mañana. También hago visitas por la tarde.

—¿A qué hora? —preguntó Cynthia.

—A las cinco. Lo que significa que tenemos tres horas y media para comer. Voy a cocinar.

—¿Podemos ayudarte? —la benjamina del grupo mostraba cierto interés hacia cualquier cosa que saliera de la boca de Marco.

—¿Te interesa la cocina italiana?

—Desde que estoy aquí me interesa todo lo italiano.

—¡A mí también! —Suzanne entró de nuevo en la habitación—. Cocino estupendamente.

—Suzie, ni siquiera sabes abrir una lata —insinuó Amanda.

—Sí sé, pero me destrozo las uñas cada vez que lo intento. Sin embargo, sé cortar cebolla, pimientos, puedo cocer unos *spaghetti*... ¿Lo he dicho bien?

—Muy bien. En ese caso, *signorina* Suzie, usted será mi ayudante.

—¿Y yo? —protesto Cynthia indignada.

—Usted, *signorina* Cynthia, será la *chef*. Yo os daré las órdenes, pero cocinaréis vosotras.

—¡Eso sí que es romántico! —suspiró Amanda.

—¿Tienes algo de beber en la cocina? —Julie se abrió paso siguiéndole a la otra habitación—. Un duelo

de cocina entre estas dos... ¡Yo no me lo pierdo! Vamos a coger sitio en primera fila, Amanda. Marco, te daré un consejo: esconde los cuchillos.

Lo que sucedió en la cocina fue una batalla campal por llamar la atención del italiano. Si Suzanne se cortaba para que Marco le curase la herida, Cynthia se derramaba la salsa sobre la camiseta para que el chico la ayudase a eliminar la mancha.

Julie y Amanda estaban disfrutando con la escena, que culminó con una pelea en la que las dos primas terminaron lanzándose los ingredientes a la cara. El resultado de semejante espectáculo culinario fueron unos *conchiglioni* rellenos de carne, salchichas, pimientos, ajo, cebolla y zanahoria, gratinados con bechamel y queso.

Desgraciadamente, a las cuatro y media Marco tuvo que marcharse para realizar otra visita a la ciudad.

—¿Y qué vamos a hacer nosotras ahora? —Suzanne encendió un cigarrillo en cuanto puso un pie en la calle.

—Podéis visitar las diferentes iglesias que hay en Venecia: Santa María della Salute, San Rocco, San Moisè, San Zaccaria... Mañana pasaremos en barco por los canales, el jueves he previsto la visita a los museos y el viernes iremos al Lido y a Murano.

—¡Qué bien organizado lo tienes todo! —Cynthia acarició con su dedo los bíceps del chico.

—Yo no suelo hacer esto con mis clientes —él se puso nervioso—. Claro que tampoco les traigo a comer a mi casa. Pero vosotras habéis sido muy simpáticas. ¿Os gustaría tomar una copa después de cenar?

—¡Por supuesto! —respondió Suzanne empujando a su prima pequeña—. ¿A qué hora?

—Puedo esperaros en vuestro hotel a las diez. ¿Os parece bien?

—Será estupendo —dijo Amanda.

—¡La noche promete! —pronosticó Julie.

Después de visitar algunas tiendas y tomar unos *capuccinos* en el *Caffè Florian* de la Plaza de San Marcos, las chicas volvieron al hotel a descansar unas horas y arreglarse para cenar. Suzanne no encontraba sus pendientes, así que, mientras Amanda se daba un baño caliente, empezó a poner patas arriba la habitación.

—¿Qué es ese ruido? —gritó su amiga desde el baño—. ¿Va todo bien?

—No encuentro los pendientes de brillantes de

*Chopard* y quiero impresionar a Marco —abrió la caja fuerte y empezó a sacar la documentación y el dinero que habían depositado dentro.

Como no encontró las joyas en su estuche, sacó también una pequeña caja de madera que Amanda utilizaba como joyero. Hurgó entre la bisutería de su amiga y se percató de que la caja tenía doble fondo. Levantó la primera bandeja y debajo encontró una hoja de papel. La desdobló con cuidado y vio que se trataba de una carta.

—¿Qué coño es esto? —murmuró.